

La calle para el jueves 29 de mayo de 2008  
Diario de un espectador  
Gómez Morín abuelo  
por miguel ángel granados chapa

Manuel Gómez Morín ocupó un espacio central en el episodio de México Siglo XX que vimos el domingo pasado en el Canal Judicial. Es comprensible que así sea, por la importancia de su papel como intelectual en la vida pública y porque ha sido un personaje al que Enrique Krauze, el autor de la serie televisiva, ha dedicado gran atención, al punto de dedicarle su tesis doctoral en el Colegio de México, convertida después en un libro donde pone en paralelo las biografías de Gómez Morín y de Vicente Lombardo Toledano y se titula Caudillos culturales de la revolución mexicana.

Nacido en Batopilas, Chih., huérfano de padre y cuidado amorosamente por su madre, Gómez Morín llegó a ser un abogado que sirvió en funciones técnicas a los gobiernos surgidos de la Revolución (al preparar los proyectos de creación del Banco de México y la banca de crédito al campo), fue rector de la Universidad Nacional (en cuyo periodo, 1934, se consiguió la “segunda autonomía”) y después fue el fundador del partido Acción nacional.

Al ver sus imágenes y presuntamente sus manos tecleando sus escritos en una vieja máquina, recordamos haber leído en La nación, el periódico del Pan, testimonios de tres de sus nietos: Alejandra (directora del Centro cultural que lleva el nombre de su abuelo en el Itam), Juan Manuel (funcionario municipal en Naucalpan) y Lorenzo, en que prevalece la imagen del abuelo más que del hombre público, aunque los tres al crecer cobraron conciencia del gran papel que en la historia había cumplido el padre de sus padres. He aquí lo dicho por Lorenzo, que fue secretario de educación en Baja California, hace algunos años, y subsecretario de Educación básica en el gobierno de Vicente Fox:

“Cercano, prácticamente como él mismo señalara en confidencia, Lorenzo Gómez Motín Fuentes gozó el privilegio de ser el consentido. ‘En lo personal, tuve una relación especial con él que se dio por circunstancias particulares. Tuve una enfermedad muy seria a los cuatro años, estuve al borde de la muerte y mi abuelo se preocupó especialmente por mí. A partir de ese momento, asistí a un jardín de niños enfrente de casa de mis abuelos y tuve la fortuna de que mi abuelo me llevara a la escuela’.

“Esas oportunidades le brindaron la ocasión de platicar con don Manuel. ‘Conservé mucho con mi abuelo’, confió, y gracias a esto descubrió una faceta importante en el autor de 1915 y otros ensayos: ‘El gran cariño que despertaba en la gente’

“Como narró a La nación, cuando niño Lorenzo no comprendía esa reacción de las personas hacia don Manuel, sólo con el tiempo encontró la respuesta: ‘Una imagen que tengo muy presente es ir con mi abuelo para entrar a una convención, en la que el orador se calla para decir que en esos momentos estaba entrando el maestro Gómez Morín, y aunque a mi abuelo no le gustaban los reflectores, fue una ovación que me llenó de orgullo, aun cuando no comprendía el por qué de ella’.

“Otro rasgo, quizá poco conocido, que Lorenzo compartió fue el trato que tuvo con sus nietos, y que a él particularmente lo marcó, más allá de ser un abuelo cariñoso: la bondad, pero también la firmeza con la que hablaba. ‘Y lo digo como nieto: cuando jugábamos en la casa y hacíamos algún desorden, no perdía los estribos y nos llamaba la atención con una firmeza que a veces era más fuerte que un regaño’

“Lorenzo guardó una lección muy importante, que surgió a partir de su enfermedad, algo que le ha servido toda su vida: ‘Una de las cosas que siempre me dijo en el ámbito de la adversidad, era que debía ser fuerte de espíritu. Tenía una forma de consolarme en la que mostraba una absoluta empatía conmigo, y eso me ayudó mucho, no era sólo la imagen de un abuelo que me consentía, sino de alguien que se ponía a mi nivel en la adversidad’.